

creo dignas de la soberana noticia y atencion de V. M., y las elevaré á sus reales piés, por el órgano de su consejo supremo, que ha sido y debe ser el apoyo del trono, los ojos y los oídos de los soberanos. Comenzaré pues, por un hecho notorio, pero desconocido hasta el dia por todos los gobiernos que hubo durante el cautiverio de V. M. y desconocidos igualmente por V. M. mismo.

Las Américas están devoradas por el mortífero contagio de la rebelion, que se fortifica por momentos y amenaza de un día á otro con la separacion perpetua de la metrópoli de estas grandes posesiones. El peligro es gravísimo y muy ejecutivo, y el remedio es casi imposible, no porque exceda á la soberana potestad de V. M., sino porque existen obstáculos muy difíciles para que V. M. pueda comprender la magnitud de este mal, y los hay en mayor número, y de mayor dificultad para que V. M. pueda distinguir y adoptar los remedios específicos, y para que los pueda aplicar oportunamente. Y para la mas clara inteligencia de V. M. y el mejor acierto de sus resoluciones soberanas, conviene que V. M. fije su mente y tenga siempre en la memoria los siguientes hechos.

Primero. Que las Américas son de una extension vastísima, están situadas á distancias enormes de la metrópoli, y se les regula una poblacion de doce millones de habitantes, que deben obedecer á V. M. La Nueva España sola es cuatro veces mayor que toda la España antigua: tiene cosa de cinco millones de habitantes, es la mas útil y la mas interesante de la monarquía, y la mas inmediata á la península.

Segundo. Que la poblacion de las Américas es heterogénea ó compuesta de razas diferentes; españoles, indios, negros esclavos, negros mulatos libres, y todas se com-

prenden bajo la denominacion genérica de castas; que la raza española, que es la dominante, se regula en dos millones, ó la sexta parte, con corta diferencia, y que de estos dos millones serán españoles europeos cosa de doscientos mil, ó el diezmo escaso, siendo los nueve décimos restantes, españoles americanos ó hijos del país.

Tercero. Que las provincias muy remotas de un grande imperio que han sido naciones independientes, ó que se consideran con poblacion y fuerza para serlo, tienen siempre una propension ó tendencia casi natural á la independencia ó separacion de la metrópoli; y aunque vemos por la historia que las razas subalternas se reúnen ó conspiran contra la raza dominante, entre nosotros sucede lo contrario. La raza española dominante originaria del país, ha conspirado y conspira siempre contra la raza española europea, esto es, contra sus causantes ó contra la metrópoli. La España nunca perderá sus posesiones de ultramar, sino por este principio. Es verdad que en la actual insurreccion se han conservado fieles algunas provincias, y lo es igualmente que en esta Nueva España, la parte mas noble y distinguida, casi toda ha seguido la buena causa y combatido á los rebeldes con su riqueza y con su sangre. Pero este suceso no destruye aquel principio, y solo prueba que los mexicanos ilustrados y sensatos combaten la rebelion, convencidos de que ella si prevaleciera, era inevitable una espantosa anarquía como la de Sto. Domingo, y que consumaría necesariamente la ruina del país.

Cuarto y último. Que esta tendencia se ha reprimido y sofocado por tres siglos en nuestras Américas, por la habitud en consecuencia de un gobierno prudente y vigoroso conforme al espíritu de las leyes de Indias, seguido con bastante regularidad, como un sistema práctico, hasta la

muerte del Sr. D. Carlos III, de esclarecida y gloriosa memoria. Pero habiéndose relajado despues este efecto, ha tenido en las novedades del día un poderoso influjo; mas para lo sucesivo las Américas no se podrán conservar, sino por un gobierno sábio, justo y muy enérgico, reducido á sistema, que esté enlazado con el sistema general del gobierno de la monarquía, que tenga fuerza de ley y se observe inviolablemente en la metrópoli y en todas las provincias de ultramar. Supuestos estos hechos, cuya idea debe estar como es dicho, grabada profundamente en el ánimo de V. M. y de todos sus sucesores, entraré en materia sobre la gravedad de la rebellion y la dificultad del remedio.

Ya probé en otro escrito, que existe una poderosa coalicion de enemigos del estado, que promueve la independencia de las Américas con mano oculta, con astusia la mas profunda, y con el maquiavelismo mas refinado. No se habia podido descubrir en sus principios, porque se equivocaban sus operaciones con los efectos de aquella predisposicion á la independencia, que causaba á la independencia, que causaba en los hijos del país las novedades de Europa, y fué necesaria mucha atencion y experiencia para conocer la unidad de la causa por la consonancia y el suceso de sus intrigas. Felizmente se interceptaron algunos papeles que no dejan duda de la materia. Por ellos se manifiesta que esta coalicion se agregó á la secta de los frac-masones, ó que adoptó sus fórmulas y misterios. Se vé tambien que data por lo ménos de ocho á diez años, pues en 810 habia ya establecido logias, tituladas "de racionales caballeros," en Cádiz, Lóndres, Filadelfia y Caracas. Son prodigiosos, y en sumo grado temibles los efectos de sus maquinaciones y cábalas, dentro y fuera de la

monarquía: en Nueva España manejó desde el principio de la gran masa del pueblo, indios, negros y mulatos, con suma destreza, pues en ménos de quince días puso en rebellion mas de un millon de habitantes y los convirtió momentáneamente de hombres sumisos y pacíficos, en monstruos feroces que todo lo metieron á sangre y fuego.

Ella atacó al gobierno con igual astucia y el mas feliz suceso, y lisonjeando las pasiones de un viréy ignorante, violento, avaro y ambicioso, lo hizo titubear en la fidelidad de tal modo, que su conducta ambigua hizo creer á los sediciosos que estaba decidido en su favor, y con esto arrojaron la máscara y atacaron á cara descubierta á los derechos de la monarquía, tratando de establecer una junta nacional, lo que dió lugar á la prision de Iturrigaray.

Esta coalicion no tuvo igual suceso con el virey Garibay, porque estaba sostenido por la parte mas sana del real acuerdo; pero disimulando su resentimiento, dirijió sus esfuerzos á otros fines, dando nuevos grados de calor á la rivalidad entre europeos y americanos, inflamando el ódio de éstos contra el gobierno y la metrópoli, é incubando su venganza para explicarla en mejor ocasion, la cual se le presentó oportunamente recayendo el vireinato en el arzobispo Lizana. Este virtuoso prelado era un hombre muy sencillo, que no conocia el corazon humano, ni tenia luces en materias políticas ni de gobierno, y se entregó á su primo el inquisidor Alfaro, que fué en efecto el arzobispo y el virey. Hombre vano y ambicioso cayó en los brazos de esta faccion, y dirijido por ella sin conocerlo, gobernó el reino en el sentido de la insurreccion, con escándalo de los fieles vasallos de V. M. que la combatian. Las cosas llegaron al extremo de persuadir al arzobispo, que los gachupines trataron de prenderlo ó asesinarlo, y dando ascenso

á la calumnia, fortificó el palacio vireinal con cañones y tropa (lo que no habia tenido ejemplo), varió la política militar, deshaciéndose de los oficiales de mejor opinion, y persiguió abiertamente al regente Aguirre y á otros varios europeos, los defensores mas acérrimos de la monarquía, quienes suponía por esta misma razon principales conspiradores contra su vida, sin advertir este hombre sencillo, que si los principales europeos maquinaban contra su persona, no podia ser por otra causa, que porque su gobierno era contra la conservacion de la monarquía española y favorable á los rebeldes que trataban de dividirla.

Este escandaloso suceso se propagó en un instante como la luz, por toda la Nueva España, llenando de admiracion y temor á los fieles vasallos de V. M., que trabajaban con ardor en mantener la paz y concordia entre sus habitantes, y su adhesion á la metrópoli atacada en aquel tiempo con toda la fuerza del tirano Bonaparte, y llenando de animosidad y de osadía á los facciosos, que desde aquel momento consideraron el gobierno del arzobispo tan favorable á sus proyectos como el del virey Iturrigaray, y así al mes de haber acontecido estos sucesos, se experimentaron en Valladolid los primeros síntomas de la insurreccion, estando yo en Guanajuato. Con esta noticia volé á la capital, y reconocida la sumaria, comprendí que la insurreccion se presentaba bajo un aspecto el mas feroz, teniendo por objeto la proscripcion de los europeos y el saqueo de los bienes, á cuyo fin los sediciosos habian persuadido á la masa grosera del pueblo, que los europeos trataban de degollar á los americanos, calumnia atroz, insensata y muy ridícula, pues que cuarenta hombres escasos no podrian prevalecer contra veinticinco mil almas que tenia entonces la ciudad, pero sin embargo produjo su efecto, y excitó el ódio de la

múltitud que no examina, contra los europeos y contra la metrópoli. La efervescencia se hallaba entónces en el mas alto grado. Todos los hijos del país de algunas luces, se ocupaban de independencia. Los hombres prudentes y sensatos la esperaban de la metrópoli, que en su concepto era inevitable, persuadidos de que se podia establecer sin efusion de sangre, en el supuesto probable de que se refugiaria á la Nueva España el gobierno, una porcion del ejército y todos los españoles que pudiesen evadirse de la fuerza del tirano. Pero los hombres turbulentos y sediciosos no querian esperar, y solo trataban de romper con algun suceso. Siendo tan crítica y tan peligrosa la situacion de la Nueva España, expuse al arzobispo virey, que este primer movimiento se debía tratar, ó con mucho rigor, ó con mucha indulgencia. Que debía tratarse con mucho rigor, siempre que se probase bien el delito; y con indulgencia en caso contrario. La enormidad del delito exijia la enormidad de la pena. Por el estado de la efervescencia en que tanto se clamoreaba contra las injusticias del gobierno, exijia una plena justificacion del delito. La indulgencia plenaria de parte del gobierno, acompañada de las medidas de seguridad que podian tomar en tales circunstancias, debía producir el mejor efecto. Pero el inquisidor Alfaro no comprendió la fuerza de esta doctrina, ni los resortes ocultos que lo indujeron á ordinariar este gravísimo asunto, de tal suerte que alcabo de seis años se habia todavía indeciso. La mano oculta que ha dirigido su gobierno, tenia grande interés en que este primer movimiento de la insurreccion, fuese como una levadura permanente que agriase de continuo la masa de la sociedad, como ha sucedido en efecto, pues los sediciosos no han cesado de vociferar, que si los presos por este negocio hubieran sido de-

lincuentes, los gachupides los hubieran ahorcado desde luego. Los reos mismos insultaron á los jueces con esta razon. Todo los habitantes de la Nueva España creian como es dicho, inevitable la ruina de la península, y temiendo en consecuencia de ella una invasion extranjera, deseaban todos uniformemente se pudiese este reino en estado de defensa, y estaban bien dispuestos para sufrir al efecto cualquiera contribucion. El superior gobierno de México debió aprovechar tan feliz disposicion, para ponerse en estado respetable, reprimir la audacia de los sediciosos, y socorrer á la madre patria con ocho diez millones de pesos anuales. La tropa bien organizada, ha sido en todo en todos tiempos y en todas las naciones, de quien la paga y quien la manda, y por ella sola se han mantenido los imperios, y reprimido á los facciosos. Penetrado yo de esta idea, hice una representacion enérgica al real acuerdo de esta capital, cuando presidia los consejos del virey Garibay. La repetí al arzobispo virey; dí cuenta con ella á la junta suprema central; y últimamente á la primera regencia, con expresiones fortísimas sobre el inminente peligro de las Américas y los remedios eficaces que lo pudieren evitar. Pero tuvimos la desgracia de que ninguno de estos gobiernos haya fijado la atencion sobre la importancia de esta medida, pues es indubitable que con diez mil hombres en el obispado de Puebla, y aun con solo la mitad y otros tantos en San Luis Potosí y una buena guarnicion en esta capital, ningun rebelde hubiera tenido la osadía de descubrirse ni perturbar el reino. El virey Venegas, militar y hombre de talento, de mucha instruccion y de probidad notoria, resistió las malignas influencias de esta coalicion: pero no pudo impedir que ella obrase poderosamente sobre el ejército del centro, y su general Ca-

lleja, el que siendo un hombre muy pagado de su dictámen y muy sensible á la lisonja, se embriagó con las victorias de Aculco, Guanajuato y Calderon, las cuales lo hubieran cubierto de gloria si hubiera sabido aprovecharse de ellas, y si los sucesos posteriores de Zitácuaro y Cuautla, hubieran correspondido á lo que se esperaba de este general. Su carácter y el resultado de estas últimas operaciones, dieron mucho atrevimiento y osadía á la faccion de insurgentes. Ella intrigó á favor de este general, le formó un partido, y obrando con sagacidad la mas sutil é imperceptible, consiguió dividir á los europeos y meter en sus ocultas miras una gran parte de ellos. Hubo momentos ántes y despues del sitio de Cuautla, en que faltó poco para que ella trastornase el gobierno. Conspiró en México contra la vida del virey, é intrigó en Cádiz para su relevo y para que el vireinato recayese en el general Calleja, como así sucedió.

Salió Morelos de Cuautla con toda su fuerza y con mucha gloria, no se le persiguió como se debió efectuar, entró la estacion de aguas en que los insurgentes se reparan y refuerzan: por desgracia los comandantes generales y subalternos de la provincia de Puebla, no tenian los talentos necesarios ni la buena inteligencia recíproca que era indispensable, y este concurso de tan fatales circunstancias, trabó la marcha del gobierno y las operaciones del ejército. Se perdió Orizaba, se perdió Oaxaca, se destrozó el invicto y glorioso batallon de Asturias, y los insurgentes se hicieron de armas y recursos infinitos. Morelos y Matamoros vinieron á ser el objeto de la admiracion y del amor del partido insurgente oculto y manifiesto, el cual se engrosó prodigiosamente desde aquella fecha.

Entretanto vino la libertad de imprenta, y aunque no se

le dió curso, ella excitó bastante el desácaro de los insur- gentes y dió motivo á los diputados de las Américas en las córtés extraordinarias, para calumniar y deponer al virey Venegas. Vino la constitución que ponía á cubierto á los insurgentes para entregarse sin peligro á todas sus maquinaciones y maldades, se estableció en consecuencia la libertad de imprenta. Salió al público multitud de papeles incendiarios y difamatorios del gobierno, de los militares de las autoridades légitimas y de todos los hombres buenos: volvió á fermentar de nuevo el espíritu de la rebelion, especialmente en esta capital, y fué necesario suspender la libertad de imprenta. Entretanto comenzó á esparcirse lá voz del relevó del virey Venegas, y que le sncedia el general Calleja, y con esto se aumentó el orgullo de los insurgentes, aumentándose al mismo tiempo las dificultades del gobierno. En fin, en principio de Marzo de 1813, entró el general Calleja en el vireinato y gobierno de esta Nueva España.

Como general hizo al principio importantísimos servicios: completó los regimientos de caballería de San Luis y San Carlos con reclutas excelentes, y estos dos cuerpos han hecho prodigios de valor y de fidelidad en toda la guerra; levantó el regimiento de infantería de Fieles del Potosí, álias los tamarindos, que vino á ser una tropa ligera muy interesante. Levantó varios cuerpos de patriotas españoles, especialmente europeos decididos y valientes, que han seguido las campañas ó defendido los pueblos hasta que se han acabado. Libertó las tropas de su mando del contagio de la insurreccion á que estaban muy expuestas en aquellas circunstancias. Las fijó en la subordinacion, empeñándolas con ardor en la defensa del rey y de la patria, y los brillantes sucesos de Aculco, Guanajua-

to y Calderon, acabaron de decidir la gran superioridad de nuestra tropa sobre las grandes masas de los insurgentes y la llenaron de entusiasmo. Pero al mismo tiempo cometió defectos muy considerables. Siempre obró con lentitud dando mucho lugar á los enemigos para aumentar sus reuniones y defensas. Nunca supo sacar las ventajas que debia de sus victorias. Jamas persiguió á los enemigos con constancia y energía. En Zitácuaro y en Cuautla perdió mucho de su opinion, aumentando la de los enemigos. Dió el primero el mal ejemplo de inexactitud en los partes militares, dando con esto ocasion al virey Venegas de creer extinguida la insurreccion, cuando realmente estaba en su mayor fuerza, y este ejemplo se siguió despues por los comandantes subalternos con tal exceso, que ya no merecen aprecio, ni pueden servir de regla para conocer el verdadero estado ó resultado de las funciones militares, ni el estado de las provincias. Y por último, no estuvo sin culpa en las maquinaciones de los insurgentes contra el virey Venegas.

Por la conducta del general Calleja como virey, es preciso confesar que no merece elogio alguno. Es verdad que entró en el gobierno en circunstancias muy difíciles de remediar, aunque no insuperables. Creo que me será difícil lemostrar en un consejo de generales, que el virey Calleja pudo extinguir la insurreccion de Nueva España en 1813; que la pudo extinguir igualmente en 1814, aun supuestos los malos resultados de los errores y opiniones del ño pasado, y la pudo extinguir con mayor facilidad todavía en 1815 en el estado que tenia, y supuestos los defectos de los dos años anteriores. Me parece que nunca ha comprendido las verdaderas bases en que debia fundarse el gobierno; ellas consistian en el conocimiento de la fuer-

za física y moral del gobierno, de su situación y medios de dirigirla; sin el conocimiento de los recursos que existían entonces, y de los que eran necesarios para cubrir todas las atenciones del gobierno: en el conocimiento de conservar los recursos existentes, y recobrar los que no habían quitado los enemigos: consistían en tomar un conocimiento igualmente exacto de la fuerza física y moral del enemigo, de su situación, de su sistema de guerra, del sistema que ha seguido para hacerse y conservar sus recursos: del influjo que tenían sobre los pueblos, y de los medios por los cuales se podría destruir ó debilitar este influjo. Sobre estos conocimientos se debía establecer el sistema de la guerra, y el sistema de la adquisición y conservación de recursos, extendiendo al efecto dos reglamentos muy claros, de los cuales debía estar instruido hasta el último soldado, y debían servir de regla á los comandantes de las provincias y divisiones, para que todos obrasen en un sentido en la ejecución de las órdenes generales del gobierno. Desde 6 de Setiembre de 1813, no he cesado de representar al virey la necesidad de estos reglamentos, demostrándole al mismo tiempo los vicios sustanciales que se cometían en la dirección de la guerra, como se podrían remediar, el descubierto inexcusable en que se hallaba este superior gobierno por haberse dejado despojar (habiendo podido impedirlo), la real hacienda de la renta de la iglesia, en que V. M. tiene la mitad y dispone de la otra, y de la propiedad de todos los hombres buenos. Le hice sobre estos dos objetos representaciones vivísimas, pero nada he podido adelantar sino disgustos.

Este abandono de recursos ha constituido al gobierno en el mayor peligro. Todo el gasto del gobierno ha recaído sobre los pueblos guarnecidos por las tropas de V. M.

Los mas de ellos saqueados desde el principio, todos arruinados despues en su industria y agricultura, en ocho ó diez leguas en contorno. El gasto del gobierno ha subido á diez y seis millones de pesos anuales, y en el día puede llegar á diez y ocho; pero todo el producido de la real hacienda no ha llegado á siete millones, y para el inmediato año faltarán dos millones de pesos de la renta del tabaco, por haberse abandonado en este año la siembra. Todo lo que se pudo haber quitado á los mismos rebeldes, todo se sacó de los pueblos guarnecidos y de la obediencia de V. M., por donativos ó préstamos forzosos. Con esto se han consumido ó arruinado pueblos que ya no pueden subsistir, y se han precisado á emigrar, como ha sucedido en Valladolid, que de veinticinco mil habitantes que tenía antes de la revolucion, se halla hoy reducida á tres mil ochocientos, porque aquella ciudad fué la que mas padeció desde el principio; perdió su agricultura desde el año de 13 por indolencia de los comandantes, y fué la que hizo mayores sacrificios, pues muchas veces nos hemos quitado el pan de la boca para dárselo á las tropas de V. M., á fin de que no se abandonase una plaza en que se ha estrellado la insurreccion, y se le ha quebrantado la cerviz.

Este virey no ha sabido hacerse respetar ni obedecer, y así, aunque ha mandado á veces buenas cosas no han tenido efecto. Entregado al favorito Villamil, á quien la opinion pública supone interesado en las negociaciones de los comandantes de provincia y divisiones y en los convoyes, se despojó de la autoridad necesaria, porque no se puede castigar en los extraños lo que se aprueba ó tolera en personas tan allegadas. De aquí la relajacion en la disciplina militar, el desconcierto de las operaciones de guerra, la insolencia de muchos militares y otros males infinitos. En